

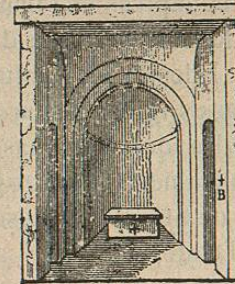
ven en Sta. Pudenciana, donde celebró S. Pedro, restos de uno de aquellos primeros altares. En todas las casas donde se celebraba el tremendo Sacrificio, había uno de estos objetos litúrgicos y consistía en una baja mesita, plana en su superficie y de tal capacidad que pudiese contener los vasos sagrados. No obstante, el verdadero tipo de los primitivos altares, dice Mr. Martigny (1) se debe buscar en las catacumbas (*Fotograbado 4*). En estos venerandos lugares se hallan multitud de arcosolium ó espacios vacíos en forma de arco, puestos sobre las tumbas de los mártires que permanecen distribuídas á lo largo de los corredores de las catacumbas. En el centro de estos arcosolium, y formando como cubierta de los sarcófagos ó sepulturas, había una pieza de mármol ó de otra materia más ó menos rica, de la forma del mismo sarcófago, y esto era el altar sobre el cual se celebraba la Santa Misa (2).

Esto, en cuanto á los altares de las Catacumbas; acerca de los altares domiciliarios, generalmente eran de madera y de forma cuadrangular, á imitación del que usaba el Príncipe de los Apóstoles; más tarde, un decreto del papa S. Silvestre, según algunos, dispuso que en la construcción de los altares no se emplease otra materia que la piedra; y aunque dice Martigny que este decreto no es admitido por los sabios como procedente de S. Silvestre, sin embargo, desde principios del siglo IV empezaron á construirse altares de piedra en las basílicas; y en Oriente adoptaron este uso desde fines del mismo siglo; en otras partes, como en África y en Egipto, se seguían usando los de madera, según se desprende de algunos pasajes de S. Atanasio y de S. Agustín.

Á más de los altares existentes sobre los sarcófagos, había otros que descansaban sobre excavado muro, con obje-

(1) Dicción. de antigüed. eclesiásticas, art. Altar.

(2) Sin duda alguna los altares contuvieron desde un principio reliquias de mártires, á fin de que el sacrificio tuviese lugar únicamente sobre cenizas de aquéllos que derramaron su sangre por el Redenror; costumbre que vemos decretada por el papa S. Felix I, que empezó á gobernar la Iglesia en 272.



Fotograbado 4.—Altar de las Catacumbas Romanas

to de que pudiesen contener reliquias. Tal era el altar que describe S. Sidonio Apolinar. Sus lados, dice, estaban tan cubiertos de hierba que con facilidad podía el ganado hallar su sustento. Otros había que estaban formados por tres tableros de mármol, de los cuales, uno era el altar propiamente dicho, que se colocaba horizontalmente sobre los otros dos fijados verticalmente en el suelo. Existía otra suerte de altar, que consistía en una tabla de mármol sostenida por dos, ó cuatro columnitas, algunas de las cuales estaban adornadas con ramos esculpidos sobre sí mismas. Finalmente, otros altares estaban sostenidos por una ó cinco columnas; en los del primer caso, la columna estaba fija en el medio del altar, como hoy día se ve en la cripta de Sta. Cecilia en Roma; y en los del segundo, las cuatro columnas sostenían los cuatro ángulos del altar, hallándose colocada en el centro de éste la quinta columna, que, teniendo una pequeña cavidad, recibía las sagradas reliquias de los mártires con objeto de que fuese apto para que sobre él se celebrase el Sacrificio; tal es el altar descubierto poco tiempo há en Aviñón.

Deseando, empero, nuestros padres en la fe que los objetos sobre los que descansa el Cuerpo y Sangre del Salvador fuesen, no sólo decentes, sino preciosísimos, ponían todo

su empeño en procurar adornos aun costosos para los altares. Por manera que desde el siglo 4.^o los metales preciosos, las margaritas y los tapices engalanaban dichos utensilios sagrados. Sta. Pulqueria, hermana de Teodosio, ofreció un altar de oro á la Iglesia Constantinopolitana; algunos pontífices legaron á varias iglesias altares de plata cincelada, que cubrían la piedra del altar, mas no por eso dejaba de haber otros completamente macizos de oro y plata, v. g.: el altar de plata de Sta. Sofía, descrito por Sozomeno. Cuenta asimismo Teodoreto que el altar de la basílica de Jerusalén, fundada por el gran Constantino, estaba decorado con regios tapices y lucía adornos de oro y piedras preciosas. Mas con objeto de que las reliquias de los mártires no fuesen manchadas de polvo, vestían los altares de magníficas telas, recubriéndolos, según S. Optato, con lienzos de lino, y adornándolos con flores naturales, luciendo en este punto cada cristiano su destreza mediante coronas, arcos y guirnaldas formados de las mismas, y que ponían al rededor, ó suspendidos del altar.

Dije, no sin causa, que desde el siglo 4.^o se empezó á usar de toda esta suerte de adornos, porque los atavíos de los tres primeros siglos, á causa de las continuas persecuciones, se reducían á toscas pinturas, manteletes y cirios colocados sobre y al lado de ellos; mas después de estos tiempos, aparte los adornos mencionados, figuraban igualmente la cruz, colocada en el medio del altar y el ciborio en el que era reservado el Santísimo Sacramento.

La Iglesia utilizó la parte material de los altares que habían servido para el culto de los ídolos con objeto de dar el supremo culto al Dios verdadero. Tales fueron, por ejemplo, el altar dedicado en la gentilidad al Dios desconocido, *ignoto Deo*, y consagrado por la Iglesia al culto del Eterno en honor del protomártir S. Esteban. Otro altar de este género se encuentra en Nápoles.

Los altares sirvieron algunas veces de asilo á los que escapaban de las persecuciones, quienes en efecto se introducían entre sus columnas y permanecían allí escondidos. Un

erudito escritor (1) tiene publicado un dibujo que consiste en dos altares de cuatro columnas, donde se ven dos personajes, uno postrado en actitud de orar y otro asido á una de las columnas.

No debemos pasar adelante sin hacer mención de los altares portátiles. Consistían en pequeñas tablas consagradas que podían con facilidad ser manejadas por los sacerdotes, quienes las llevaban consigo á fin de poder celebrar el Sacrificio. Tenían su especial objeto, ya que no eran usadas sino en tiempo de persecución. De su materia podemos decir lo que dejamos referido acerca de los altares fijos.

23. Acostumbraban los paganos con motivo de sus fiestas religiosas, exhibir grandes iluminaciones, y esto no era más que una demostración del entusiasmo y respeto que tenían hacia sus falsas deidades; los cristianos, empero, que veían en esta general práctica un laudable modo de festejar al Dios verdadero, la imitaron en las funciones y solemnidades del culto divino. Las mismas Escrituras refieren que el salón de Troade, donde celebró Misa S. Pablo, estaba iluminado con buen número de lámparas; pero esto no puede probar mucho, porque el mencionado acto se celebró de noche; sin embargo, existen otros documentos que demuestran el uso de los cirios y lámparas en el acto del santo Sacrificio, aun celebrado de día. Los cánones apostólicos estimulan á los fieles á que ofrezcan aceite para el alumbrado del altar. Una de las razones que daba el perseguidor de los cristianos á S. Lorenzo para convencerle de que la Iglesia poseía riquezas, era la siguiente: «Se sabe que en vuestras reuniones nocturnas las velas están sostenidas por candelabros de oro». Y por cierto, la magnificencia de nuestros padres en la fe para con el culto de Dios era suma; trabajaban cuanto podían para embellecer aquellos divinos actos, á los cuales estaba presente el Altísimo en el Augusto Sacramento; sus donativos excedían á sus fuerzas; mas con todo eso no eran indiscretos, ya que retenían para sí lo nece-

(1) Uvigt.

sario y hasta lo honesto con objeto de satisfacer sus ordinarias necesidades.

Los candelabros llamados *canthari* ó *canthara* ó también *phari* ó *phara* estaban destinados para recibir los cirios, pudiendo además contener aceite, ya que estaban preparados de tal suerte, que la parte más inmediata á donde se colocaba la vela, presentaba la forma de un hondo platillo, en el cual se ponía el aceite y la torcida. El erudito Martigny tiene dibujados en su Diccionario de antigüedades eclesiásticas dos preciosos candelabros de mármol que, según afirma, fueron hallados en el bautisterio ó mausoleo de Santa Constantza, en la vía Nomentana, y se conservan hoy día en el Museo del Vaticano. Estos hermosos candelabros que han servido de modelo para los que la Iglesia adoptara más adelante, no se colocaban encima del altar, al modo que la Iglesia latina los coloca en nuestros días, sino sobre unas consolas pequeñas fijadas á los dos lados del mismo, ó también delante del altar, pero nunca sobre él. Prueba de ello es la pregunta que S. Jerónimo hace á Vigilancio: «¿Es cierto, dice, que los cirios encendidos delante de las tumbas de los mártires son un acto de idolatría?» (1). Constantino hizo colocar cuatro candelabros de plata delante del altar de Santa Cruz en Jerusalén, donde había depositado un pedazo de *lignum crucis*. Otros magnánimos príncipes eclesiásticos, á imitación del emperador, pusieron mayor número de cirios al lado ó delante de los altares.

En las misas solemnes era mayor el número de velas, las cuales en número de siete sustentaban los acólitos en sus manos, colocándolas ya en el suelo, ya detrás del altar del sacrificio, ora en la primera grada de éste, ora finalmente en medio de la Iglesia.

Dije «al modo que la Iglesia latina los coloca en nuestros días», porque la Griega jamás adoptó este uso, sino que los pone en dos altarcitos fijados á ambos lados del altar mayor; la Latina empezó á adoptar la práctica que hoy día prosigue,

(1) Epist. 53.

hacia el siglo X, por sobrados motivos, que no es de este lugar manifestarlos.

Había otra clase de iluminación en las casas é iglesias públicas donde se celebraba el Sacrificio, mucho más hermosa que la anterior. Consistía en elegantes lámparas que á manera de pabellones colgaban del dorado techo ó de la estucada bóveda de las basílicas. En las catacumbas es donde se descubre mejor la santa costumbre de colocar lámparas delante de los sarcófagos ó sobre algunas repisas puestas á bastante altura del suelo, las cuales debían de tener otro uso que iluminar solamente las tinieblas de la noche; éste consistía en alumbrar las asambleas eucarísticas (1). Unas eran suspendidas de las bóvedas, y otras se colocaban sobre algún lugar cercano al altar. De las dos había diversidad en su figura, pero las que mueven más la atención son las primeras que, siendo de tamaña magnitud, semejaban á una corona ó círculo, siendo apellidadas por esta razón *coronæ-pharæ*, *circuli luminum*, *polycandelæ*; soportaban un sinnúmero de velas que por lo artificioso de su colocación semejaban al brillo de los astros que gravitan en el terso firmamento. Otras lámparas había que imitaban á una basílica con sus columnas y arcos correspondientes, saliendo de su base varios brazos que sostenían otros tantos cirios; destacándose finalmente otras á semejanza de navicillas que contenían aceite y eran de diversas materias (*Fotografados 5 y 6*). Simeón de Tesalónica refiere que había lámparas de siete brazos en conmemoración de los siete dones del Espíritu Santo y que eran colocadas en el medio de la iglesia. El emperador Constantino mandó construir dos faros de oro embellecidos con 500 delfines, de los cuales colocó uno delante del sepulcro del Príncipe de los Apóstoles en la basílica del Vaticano, y el otro delante de la tumba de S. Lorenzo *in agro verano*. En suma; la piedad y magnificencia de los príncipes, y aun de los fieles, es indescriptible; no parece sino que en este deleznable mundo no tenían

(1) Véase la Euc. y las Catacumbas.

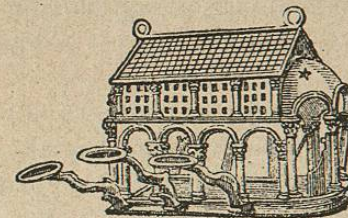


Fotograbado 5.—Aguinaldo bautismal

Lámpara cristiana encontrada en el monte Celio y perteneciente al Museo de Florencia, que afecta á un navio, y presenta en la popa un personaje maniobrando con el remo y en la proa otro que eleva las manos en acción de gracias. En la entena hay una tablita con la inscripción:

DOMINVS LEGEM DAT VALERIO SEVERO
EVTROPI VIVAS

que alude sin duda á la admisión de Valerio Severo, por medio del Bautismo, en la Iglesia. *El Señor da su ley á Valerio Severo*. La aclamación EVTROPI VIVAS indicaría que este Eutropio era el ministro del Bautismo á quien Valerio Severo habría ofrecido esa hermosa lámpara en testimonio de gratitud. *M. De Rossi*.



Fotograbado 6.—Lampadario de bronce hallado en una bóveda funeraria en Orleansville.—Es del siglo V.

más negocio que honrar á Dios, con el fin de tenerlo siempre propicio.

21. Semejante fastuosidad se descubría principalmente en la elaboración y cuidado de los sagrados vasos que debían de estar en contacto inmediato con el Cuerpo y la Sangre del Salvador; por esta razón estaban destinados exclusivamente al ministerio de los altares por una especial consagración, siendo prohibido su manejo á los seglares y aun á los clérigos no ordenados *in sacris*. Eran sagrados el cáliz, la patena, los corporales, la torre y paloma eucarísticas; y entre los griegos se contaban además la cuchara y la esponja litúrgicas, según veremos al hablar de su uso particular.

La Iglesia latina posee en los Sacramentarios fórmulas especiales para la consagración del cáliz y patena, únicos vasos que ella consagra, como que están en contacto inmediato con la materia del Sacrificio eucarístico; los demás vasos sagrados sólo son bendecidos; sin embargo, las liturgias copta y siríaca poseen ritos especiales, no solo para la consagración de ambos vasos mencionados, sino también para la cuchara y la esponja. Uno de los cánones apostólicos dice: «Ninguno se permita dedicar á su uso personal un vaso de oro ó de plata, ó un velo santificado, de lo contrario incurra en excomunió» (1). Ya el Concilio III de Bra-

(1) Can. 72.

ga, año 675, determinó que si se hallase á algún sacerdote ó diácono vendiendo los vasos sagrados, se le considerase como degradado de su ordenación (1). (Véase el *Indice* de concilios.)

Para no exponer semejantes objetos á la profanación y al robo, tenía la Iglesia primitiva sumo cuidado de encargar su fiel custodia á los diáconos, quienes los guardaban en lugares secretos y cerrados con llaves, que ellos mismos conservaban. Dije también que el cáliz y la patena eran sagrados, porque su manejo estaba prohibido á los seglares y aún á los clérigos menores; la razón está en que á éstos no incumbe el oficio de presentar al sacerdote el cáliz para el Sacrificio, ni recibirlo de él para purificarlo, ni dar la Comunión: servicios que sólo pertenecían á los ordenados *in sacris*. Una constitución del Papa S. Sixto I, que gobernaba la Iglesia en 132, viene á confirmar lo que estamos diciendo: «Éste ordenó, dice, que los ministerios sagrados, esto es, los vasos, no fuesen tocados sino por los ministros» (2). El Papa S. Sotero prohibió su manejo á las vírgenes consagradas á Dios. El Concilio I de Braga y muchos de los santos Padres, convienen igualmente en esta doctrina (3).

Importa, antes de finalizar este punto, declarar que los subdiáconos en los primitivos tiempos no podían tocar los sagrados vasos, por no estar su orden incluída en las sagradas; de ahí que el Concilio de Laodicea, celebrado en 481, diga: «No conviene á los subdiáconos ingerirse en el oficio de los diáconos ni tocar los vasos sagrados»; (4) mas desde que fué incluída es cierto que pueden manejarlos.

25. Entre los sagrados vasos, el cáliz merece lugar distinguido. Había ordenado el Señor que el sacrificio de su Cuerpo y Sangre fuese celebrado, y los Apóstoles, no sólo

(1) Cap. II, can. 17.

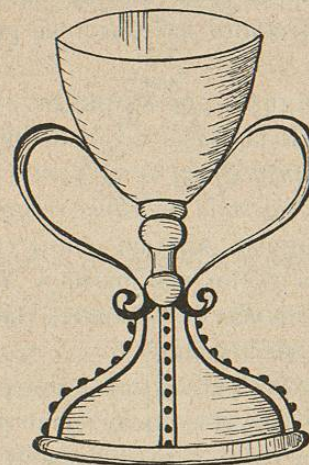
(2) *Hic constituit ut ministeria sacra non tangerentur nisi á ministris. Lib. pontf. in S. Sixtum.*

(3) Véase el apéndice.

(4) *Non oportet ministros locum habere in diaconis et sacra vasa tangere. Can. 21.*

pusieron en práctica este precepto en cuanto á su substancia, sino también en cuanto á sus meros accidentes.

Para la consagración del vino usó Jesucristo de un cáliz ó copa, que se conserva en la Basílica Metropolitana de Valencia, y es de piedra ágata, al cual se engastaron dos asas de finísimo oro, por haberse roto por el nudo (*Fotografiado 7*): y los apóstoles y sus sucesores imitaron en esto á su



Fotografiado 7.—Facsimil del Cáliz que N. S. Jesucristo usó en la institución del Smp. Sacramento (1).

divino Señor, usando cálices, cuyas copas eran más ó menos abiertas, las que, siendo sostenidas por cañas más ó menos largas y con uno ó varios nudos, descansaban sobre unos pies, ora planos, cónicos, hemisféricos ó piramidales. La materia de los cálices, en un principio, era de madera; después se usaron de cristal, loza, cobre, de estaño y aun de plata y oro (2). Tal variedad se originaba de la inseguridad de los sacerdotes en los lugares donde celebraban el sacrificio, pues á lo mejor habían de ponerse en fuga á causa de la persecución que en cualquier parte les seguía.

(1) Dibujo del autor.

(2) San Ceferino mandó que los cálices y patenas en lugar de madera fuesen de cristal; y poco después S. Urbano I preceptuó que fuesen de plata.

Además; no todas las iglesias, ni todos los sacerdotes eran igualmente afortunados, y como sabían que para que el sacrificio fuese agradable á Dios no necesitaban de vasos de plata ú oro, por eso no tenían afán en procurarlos; la magnanimidad empero de algunos poderosos cristianos hizo que el oro y las piedras preciosas entrasen en la composición de los vasos sagrados. Así, la reina Brunequilda regaló á la Iglesia de Auxerre un cáliz de onix guarnecido de oro puro; otros potentados mostraron su piedad con donativos semejantes.

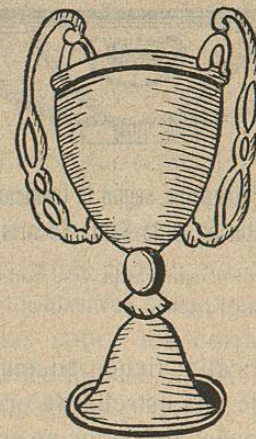
Varios de los antiguos cálices estaban ornados con algunas inscripciones. He aquí una de Valentiniano III, que dice: *Valentinianus augustus Deo et Sancto Martino Martyri Brivensi; pro se suisque omnibus votum vovit et reddidit*. Valentiniano augusto hizo un voto y cumplió por sí y por todos los suyos á Dios y al mártir S. Martín de Brives.

Los cálices eran además de diferentes clases: del sacrificio, ministeriales y ofertoriales.

Los primeros servían para la consagración de la sangre; los ministeriales que llevaban asas, tenían por objeto distribuir el *sanguis* á los fieles; eran de bastante capacidad, y aumentaba su número con el de los comulgantes, pues vióse en ocasiones siete de ellos sobre el altar (*Fotograbado 8*). Los del ofertorio estaban destinados á recibir el vino que ofrecían los fieles; y todos ellos podían ser mayores y menores según el número de los asistentes.

26. La patena, que tenía por objeto sustentar la santa Hostia y los panes ofrecidos por los fieles, era generalmente de la misma materia que el cáliz. (*Fotograbado 9*). El libro pontifical parece atribuir su invención á S. Ceferino (1), pero es lo cierto que se usaba en la Iglesia desde los albores del Cristianismo. Al modo que el cáliz, eran también las patenas, de varias clases: del sacramento, ministeriales, crismales y especiales de los griegos. Las del sacramento, que servían para contener la Hostia del Sacrificio, eran de

(1) Cap. 16.



Fotograbado 8.—Cáliz ministerial de los primeros siglos (1).

regular dimensión y á veces llevaban inscripciones, más ó menos significativas. En 1846, dice Martigny, se encontró en la Siberia una patena de plata sobredorada que, según describe Mr. el conde Stroganoff, tiene 15 centímetros de diámetro y un bajo relieve grabado que representa una hermosa cruz, la cual descansa sobre un globo terrestre tachonado de estrellas; dos ángeles están colocados á sus lados, quienes, sustentando en la mano izquierda una varita, figuran con la derecha adorar al venerando árbol, al pie del cual corren los cuatro ríos místicos, notándose en la cabeza de los ángeles algunas letras que están casi borradas. En las catacumbas se han descubierto muchísimas patenas ministeriales, según el P. Secchi; éstas debían ser de bastante capacidad, ya que eran mayores que las del sacramento y estaban destinadas á recibir los panes que los fieles ofrecían en la Misa al tiempo del ofertorio. Las crismales, que eran cóncavas, tenían por objeto guardar el santo crisma para el bautismo y la confirmación; finalmente las especiales de los griegos, que han sido siempre riquísimas, son mucho mayores que las de los latinos, por razón de que

(1) Dibujo del autor.